

El virus cultural posmoderno: origen, variantes y posibles vacunas

The postmodern cultural virus: origin, variants and possible vaccines

Alberto G. Ibáñez¹

Universidad San Pablo-CEU (España)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5487-0659>

Recibido: 13-07-2022

Aceptado: 24-10-2022

Resumen

Existe una guerra cultural que pretende la destrucción de Occidente utilizando como caballo de Troya el enemigo interno del “virus cultural posmoderno”. Se analiza el origen complejo de dicho virus, con más de una cepa, sin descartar la posibilidad de que fuera diseñado en un laboratorio. Apelando a acabar con las verdades fuertes, el “pensamiento culturalmente correcto” impone su propia verdad fuerte sin buscar acuerdo ni síntesis con quien piensa diferente. Se examinan sus principales variantes que se caracterizan por la ausencia de límites y un exceso de contradicciones que producen el aumento de la polaridad, la confusión y la fragilidad. Para contrarrestar todo ello, el artículo plantea algunas posibles vacunas en torno a la idea de un renacimiento cultural y un nuevo equilibrio entre modernidad y tradición.

Palabras-clave: posmodernidad, guerra cultural, Occidente, Europa, revolución cultural.

¹ (alberto.gibanez@gmail.com). Ha sido profesor de Derecho Europeo en la Universidad S Pablo-CEU. En la actualidad es miembro del Aula Política del Instituto de Estudios de la Democracia de dicha Universidad. Doctor en Derecho por el Instituto Universitario de Florencia (Italia) y Doctor (premio extraordinario) en Ciencias de las Religiones por el Instituto Universitario de Ciencias de las Religiones (Universidad Complutense). Pertenece al Cuerpo Superior de Administradores Civiles del Estado y es Diplomado en altos estudios de la Defensa (CESEDEN). Ha publicado numerosos artículos y más de diez libros. Cabe destacar: *La Conjura silenciada contra España* (2016), *La Leyenda Negra. Historia del odio a España* (2018) y *La Guerra cultural. Los enemigos internos de España y Occidente* (2020). Cuenta con dos contribuciones en *Araucaria* “Europa: una historia pendular de unión y división”, n.º. 45, 527-548; “Clara Campoamor: una republicana y feminista auténtica”, n.º. 47, 211-232.

Abstract

There is a cultural war that seeks the destruction of the West using the internal enemy of the "postmodern cultural virus" as a Trojan horse. The complex origin of said virus, with more than one strain, is analyzed, without ruling out the possibility that it was designed in a laboratory. Appealing to put an end to strong truths, "culturally correct thinking" imposes its own strong truth without seeking any agreement or synthesis with those who think differently. Its multiple variants are examined, characterized by the absence of limits and an excess of contradictions that produce an increase in polarity, confusion and fragility. To counteract all this, the article proposes some possible vaccines around the idea of a cultural renaissance and a new balance between modernity and tradition.

Keywords: postmodernity, cultural war, the West, Europe, cultural revolution.

*"A great civilization is not conquered from without
until it has destroyed itself within"*
(Will Durant)

1. Origen de la cultura posmoderna

1.1. ¿Generación espontánea o virus de laboratorio?

Si en toda guerra la primera víctima es la verdad, la guerra cultural no es ninguna excepción sino la regla. Los virus son agentes microscópicos parásitos, desapercibidos para el ojo humano, susceptibles de infectar todo tipo de células y organismos. Se propagan por contacto, por exposición o por otros factores. Cuando continúan multiplicándose y no se aplica ningún antiviral o no se refuerza el sistema inmunitario con vacunas, puede provocar enfermedades permanentes y crónicas o, en este caso, una estafa cultural que estaría ocurriendo en Occidente.

La posmodernidad encuentra su origen en la asunción de una culpa colectiva por los errores/horrores de la Segunda Guerra Mundial y del colonialismo. Esta autocrítica, en una primera fase, fue positiva como estímulo para lograr la reconstrucción de Europa; y poder renacer con éxito de sus cenizas. Sin embargo, pronto una nueva generación, que no había vivido la guerra, comenzó a cuestionar la sociedad que habían creado sus mayores, planteando que si bien el paraíso ultraterreno era una fantasía, podía y debía crearse uno en la Tierra. Para ese objetivo nada bastaba, por lo que las conquistas económicas, políticas

y sociales conseguidas en los años cincuenta y sesenta pasaron a considerarse banales.

Surge la “contracultura” –lo “anti” se pone de moda para toda ocasión– que niega la vigencia de los grandes relatos de antaño. Todo lo viejo debe ser destruido y todo lo nuevo pasa a ser bueno por naturaleza. Prima la imaginación y la lucha contra la autoridad, se apela a una mayor libertad en todos los campos (desde el arte al sexo), se promueve un mayor pluralismo, vivir en comunidades, practicar el amor libre o acabar con el ejército. Fue la primera ola y la primera paradoja porque cuando la posmodernidad concreta su oferta ideológica (en torno a 1968), Occidente ya había dado solución a sus principales problemas: los responsables del nazismo fueron juzgados en un proceso innovador (juicios de Núremberg), se creó la ONU para mantener la paz con su Carta fundacional (1945) y la Declaración Universal de Derechos Humanos (1948), se inició el proceso de descolonización y Europa había logrado una brillante combinación bienestar social, economía de mercado, democracia liberal y el estado de derecho.

A finales de los años 60 gozábamos de prosperidad y de unas tasas de igualdad interna jamás antes vistas. Obviamente, nada es perfecto: la guerra fría USA-URSS vivía su apogeo, el comunismo seguía vivo como “ideología fuerte” causando miles (millones) de muertes tanto en gulags como en la Revolución cultural maoísta, y el tercer mundo no salía de la pobreza. En este contexto, de forma paradójica, la reacción del mundo intelectual y los movimientos juveniles no se dirigió a acabar con la (única) ideología totalitaria que había sobrevivido a la II Guerra Mundial (el comunismo), sino que se centró en atacar los “defectos” de las democracias occidentales, tomando forma en dos movimientos que coincidieron en el tiempo: el Mayo de 68 en París y el movimiento hippie en los EEUU (Woodstock), al albur de la guerra de Vietnam.

Paralelamente, ocurría un hecho dramático que pasó más desapercibido para la mayor parte de las mentes rebeldes: la primavera de Praga de 1968. Una revuelta de jóvenes checoslovacos que sería aplastada por los tanques soviéticos y medio millón de tropas en agosto de ese mismo año, dejando medio centenar de muertos y restableciendo por la “autoridad violenta” la dictadura comunista. Algún malpensado podrá conjeturar que lo ocurrido en París y Woodstock tuvo lugar para tapar lo que estaba sucediendo en el este de Europa. Hay que tener en cuenta que el movimiento “antiautoritario” de Praga (que por cierto incluye el mes de mayo) había empezado en enero de ese año y que las tropas del Pacto de Varsovia esperaron a agosto para reprimirlo. Por esas fechas los principales servicios secretos del mundo gastaban más de la mitad de su presupuesto en comprar escritores, periodistas, políticos, medios de comunicación..., todo ello con el fin de combatir la cosmovisión del otro e imponer la propia (Saunders 2001)².

² Saunders muestra que en plena guerra fría la CIA (con la colaboración de los servicios secretos

En 1989 la caída del muro de Berlín determinaría la derrota ideológica, al menos en apariencia, del bloque soviético, pero ¿podría haber inoculado antes la semilla de la autodestrucción occidental? ¿Estaríamos ante un virus cultural de laboratorio?

1.2. La ingeniería biointelectual

Jean-Françoise Lyotard, con su obra *La condición posmoderna* (publicada en 1979), sería uno de sus forjadores intelectuales más notables, si bien Gramsci en los años treinta ya había sentado las bases de la revolución cultural. La posmodernidad se caracterizaría por incluir discursos, lenguajes y relatos distintos (plurales) para cada ocasión o grupo social. Surge en los años ochenta el concepto de multiculturalidad, que propone una sociedad compuesta por minorías que conviven en supuesta libertad creativa cada una con su propio relato y lenguaje. Este relativismo acabaría siendo criticado, sin embargo, por el propio Lyotard cuando se dio cuenta que servía para legitimar la supervivencia del discurso neonazi como un elemento más de esa sociedad plural. En realidad, la pretendida convivencia fluida de relatos no ha sido nunca tal.

Podría decirse que la posmodernidad proviene de la izquierda política a la que acabará engullendo, pero los virus culturales son también refractarios a una secuenciación sencilla, pudiendo ser objeto de técnicas de ingeniería sofisticada tipo CRISPR —que el español Francis Mojica descubrió por primera vez (2005) en la edición de material genético—, cortando y pegando ideas de aquí y de allá. Por de pronto, junto a la cepa izquierdista “occidental”, cabe constatar otra previa de carácter oriental: la revolución cultural de Mao, que empieza en 1966 (más concretamente con el “agosto rojo” de ese año), en torno a la destrucción de los “Cuatro Viejos” antiproletarios: Viejas Costumbres, Vieja Cultura, Viejos Hábitos y Viejas Ideas.

Lo más sorprendente, sin embargo, es otra cepa de signo liberal que coincide con las demás en la necesidad de acabar con los “viejos mitos” que nos habían traído hasta aquí (nación-religión-familia). R.R. Reno sostiene que en el surgimiento de la posmodernidad cooperaron: la “sociedad abierta” de K. Popper, el “libre mercado como panacea universal” de F. Hayek o el individualismo de la Escuela de Chicago. Popper escribió su libro *The Open Society and its Enemies* en 1945, donde sus críticas más aceradas no se dirigían a Marx y Hegel (segundo volumen), sino a la filosofía de Platón y a la tradición metafísica, pretendiendo acabar con la nación y cualquier tipo de frontera, así como con las afirmaciones fuertes de verdad que consideraba una amenaza a

británicos) publicó y tradujo a autores conocidos que seguían la línea preferida por los Estados Unidos (incluida la línea socialdemócrata no comunista), para hacer frente a la oferta cultural comunista, patrocinando igualmente el arte abstracto para contrarrestar el arte de contenido social.

la libertad y precursoras del totalitarismo (Reno 2020: 50, 51, 54). Las tesis fundamentales de Popper fueron acogidas por intelectuales marxistas como T. Adorno y M. Horkheimer. Como resultado, Marx y Hegel desaparecieron de la diana de las críticas, quedando el fascismo como “único” representante de la “personalidad autoritaria”. Un truco de prestidigitación intelectual.

La confluencia de los dos orígenes (izquierda-derecha) en un tronco común se reforzará tras otro año mítico: 1989. La segunda ola. Al tiempo que caía el muro de Berlín (noviembre), el régimen chino reprimía los sucesos de la plaza de Tiananmén (junio), ante la pasividad del propio Occidente. La inercia de una aparente preponderancia occidental duraría algunos años, hasta el 11 de septiembre de 2001, cuando cayeron las torres gemelas por el terrorismo islámico y el 2008, cuando lo hacía Lehman Brothers por la crisis financiera. Desde entonces se han intentado tapar las grietas y la desorientación general apostando por una “sociedad abierta” global que supere fronteras físicas y emocionales. De nuevo se solapan extremos aparentemente opuestos: la desregulación económica, proveniente del mundo liberal, junto a la desregulación cultural que defiende la izquierda, tal vez dando la razón a autores como Massimo Fini (2016) que consideran que marxismo y capitalismo serían dos caras de la misma moneda.

2. Variantes y mutaciones

2.1. Navegando sobre olas de contradicciones

A diferencia de las ciencias naturales, en las sociales no es necesario para acabar con un paradigma dominante contar con otro que demuestre que funciona mejor. Nadie está libre de caer en contradicciones intelectuales o vitales, pero hoy vivimos una *contradictio in terminis* sin término. Cada tesis-antítesis no es superada por un nuevo equilibrio, sino por una sucesión interminable de pares de opuestos contradictorios aplicando la doble vara de medir: una para lo propio y otra para los demás. Cuestiones complejas se reducen a un eslogan o se analizan desde un sesgo cognitivo concreto —la política de un solo ojo— que desprecia el resto de posibles puntos de vista. Ese apego al cliché o etiqueta ideológica opera como barrera intelectual que —de manera similar a las de tipo arquitectónico— dificulta salir de nuestra trinchera intelectual y pensar por nosotros mismos. Se muestra una sorprendente convicción en ciertas ideas, pero sin saber muy bien todavía cómo se forman los pensamientos en la mente humana.

El fracaso de la filosofía para establecer verdades universales permitió la entronización del nihilismo y el relativismo. Pero si la razón produce monstruos, la sinrazón legítima desvaríos. Bajo la bandera del pluralismo y la lucha contra

las verdades fuertes de antaño, se huye del principio de realidad imponiendo dogmas no menos rígidos, pero ocultos tras imágenes coloridas y la etiqueta, pretendidamente humilde, del pensamiento “débil”. El Occidente que encumbró la lógica y la razón ha acabado asumiendo la derrota del pensar, una huida de la reflexión profunda, “una epopeya de desconstrucción autodestructiva, donde reina lo absurdo y el escepticismo total” (Connor 1996: 82 y ss.). Todos los virus tratan de adaptarse al huésped y sobrevivir sin que éste se dé cuenta, aunque en ocasiones sus contradicciones internas le lleven a generar situaciones de auto-destrucción. Es más fácil destruir que construir, más sencillo ejercer la crítica exógena al “sistema” que asumir autocrítica y responsabilidades.

La posmodernidad se revela como una mala digestión del pensamiento nietzschiano, como lo fue el propio nazismo. Sigue la estela abierta por F. Nietzsche en *La genealogía de la moral*, donde trataba de combatir “la moral de esclavos” que reflejaba el cristianismo (1979: 43). Pero no ha logrado crear el “superhombre” a pesar del intento desesperado que representa el transhumanismo³. El añorado “hombre nuevo” se ha despertado convertido en “hombre máquina” cual metamorfosis kafkiana. Hemos pasado del confesionario al diván. Se mata a Dios, pero se idolatra al subjetivismo y al azar, convertidos en nuevos dioses irracionales a los que rendir culto. Y es que lo sagrado, nos guste o no, siempre forma y formará parte de la política y del imaginario colectivo, pues entender lo que hoy somos pasa por comprender lo que hemos sido (Wydra 2015). De hecho, la posmodernidad no acaba con lo sagrado simplemente cambia su objeto y forma, creando una nueva religión laica que recupera incluso el sentido de culpa, disfrazado y oculto bajo los ropajes de la solidaridad⁴.

Se ensanchan las grietas del pensamiento occidental no para encontrar un nuevo orden sino para zarandear sus cimientos. El nuevo modelo se basa en la ausencia de límites y un exceso de contradicciones (Ibáñez 2021b) que incrementan la polaridad, la confusión y la fragilidad. Apelando a acabar con las verdades fuertes, el “pensamiento culturalmente correcto” impone su propia verdad fuerte sin buscar ninguna síntesis con quien piensa diferente. Veamos dichas contradicciones más despacio.

³ La doctrina del “hombre nuevo” sigue hoy en boga, pero ha olvidado que sus orígenes se remontan al “homo novus” de Cayo Mario en el siglo I A.C, entendido como alguien de extracción plebeya que podía alcanzar el poder sin pertenecer a las familias patricias, capaz de introducir nuevas formas en el arte del buen gobierno (Hermosa 2021: 7-19)

⁴ Un ejemplo de la frustración a que conduce este camino lo muestra Hugo Ball, uno de los fundadores del dadaísmo desde su Cabaret Voltaire que, apasionado en su juventud por los movimientos artísticos alternativos y la obra de Nietzsche, acabó desencantado volviendo al catolicismo. En sus últimos años defendía que la decadencia de Occidente no se debía al cristianismo en general, sino en particular a la doctrina luterana del “servo arbitrio” que había consagrado el despotismo de los señores y el servilismo de las masas, es decir el Estado autoritario, a cuya cobertura ideológica y legitimación filosófica se consagraron los intelectuales alemanes (cfr. Manuel Barrios Casares, “Introducción”, en Ball 2022: IX-LIX, LIII)

2.2. Una inclusión excluyente: células protegidas versus células canceladas

Un virus se sirve de la maquinaria vital (neuro-biológica) del cuerpo que habita y eventualmente destruye creando una reacción autoinmune, cual órgano cancerígeno que devora sus propias células. Toda guerra cultural incluye actos de autosabotaje. Otros actores geopolíticos pueden estar esperando e incluso favoreciendo nuestra caída, pero el mayor adversario (cultural) lo tenemos dentro: el enemigo interno es el más peligroso de todos porque uno nunca está preparado para su zarpazo, aunque se trate de quintacolumnistas ingenuos (Ibáñez 2020: 45-47).

Los promotores internos de la cancelación histórica de Occidente son legión pretendiendo negar las raíces del árbol civilizatorio que nos ha traído hasta aquí. La “cultura de la cancelación”, en nombre de la moralidad del momento, defiende suprimir todo lo que puede ofender a ciertas minorías, pero a costa de sacar las cosas de contexto para suprimir elementos esenciales del pasado sin los cuales no podemos comprender nuestro presente y el de los demás. Cortar nuestra memoria o hacerla selectiva sólo produce confusión y debilita la casa común. Cuestionar todas las aportaciones de David Hume por haber sostenido en el siglo XVIII que los negros eran inferiores a los blancos⁵, resulta tanto como borrar a la filosofía griega por haber justificado la esclavitud, o negar valor a Demócrito o Newton por pensar que el átomo era sólido e indivisible.

Los movimientos en defensa de los derechos de los años 60 (Luther King contra el racismo o el movimiento feminista clásico) perseguían integrar a todos en una comunidad compartida. No iban contra la nación, ni contra la Constitución, ni contra instituciones como la familia, sino a favor de una mayor unión donde nadie se quedara atrás. La posmodernidad cambia este enfoque aprovechándose de la necesidad de identidad del ser humano. Las nuevas minorías no buscan defender sus derechos frente a la mayoría, sino desplazar a ésta imponiendo su propio discurso. Ya no se trata de avanzar todos juntos, sino de conseguir algunos derechos para un grupo a costa de que los demás sean ignorados o pasen a ser enemigos a batir: unos contra otros (Haidt & Lukianoff 2019: 99-104). Este enfoque produce, como efecto boomerang, que no se acabe con los delitos de odio, sino que estos se retroalimenten⁶.

⁵ En 2020 la Universidad de Edimburgo decidió cambiar el renombrar a la *Hume Tower* mientras su estatua era vandalizada por los estudiantes. Otro artículo de este monográfico estudia con detalle este caso.

⁶ El Ministerio del Interior publica anualmente un Informe-encuesta sobre los delitos de odio, y aunque se han ampliado el número de supuestos, cabe apreciar un sesgo tanto en las preguntas como en las opciones [https://www.interior.gob.es/opencms/pdf/servicios-al-ciudadano/Delitos-de-odio/descargas/Informe-de-la-encuesta-sobre-delitos-de-odio_2021.pdf] (acceso el 1/07/2022). Por ejemplo, no se incluyen los ataques de odio a ciudadanos de Cataluña y País Vasco que no apoyan el separatismo o el odio al rico (Amancio Ortega) —mientras sí se incluye el odio al pobre

Mientras se pone el foco en determinadas células, se crean nuevas islas silenciadas cuyos problemas devienen invisibles. La propuesta inclusiva se refiere sólo a ciertos grupos o “tribus”, excluyendo al resto, sin criterios claros. Lo que importa ya no es la igualdad de todos los seres humanos ante “la ley” sino los diversos grupos-tribus-colectivos con los que cada uno/una se identifica. La dialéctica creyente/pagano vuelve, sólo que las nuevas inquisiciones no levantan actas de sus sentencias, ni el acusado cuenta con abogado defensor. Se parecen más bien a las cazas de brujas sin juicio previo. Ciertos debates resultan cancelados.

Michel Onfray (2019), al que no se puede calificar de conservador, viene alertando de que la posmodernidad lleva a un totalitarismo cultural disfrazado de radicalismo democrático. En su reciente libro *La nef des fous* (2021) destaca para cada día del año una noticia estrambótica (real): asesinos presentados como pobres víctimas de sí mismos, veganos que quieren prohibir los perros guías de ciegos porque es explotación, un jefe de Estado que agradece que sus ministros sean meros aficionados o un dramaturgo negro que prohíbe que críticos blancos escriban sobre su obra de teatro. En nombre de la lucha por la libertad se introducen nuevas prohibiciones inéditas que afectan a lo que podemos o no decir, comer o hacer. La censura es bienvenida de nuevo mientras que solo afecte a algunos. Al hereje ahora se le condena a la hoguera en forma de silencio, desprestigio o marginación social.

2.3. Integración de seres desintegrados: la interminable búsqueda de identidad

Al tiempo (abril de 1917) que en Rusia triunfaba la revolución comunista, Marcel Duchamp, en una sala de exposiciones de Nueva York, hacía pasar con éxito un urinario, comprado en la tienda de la esquina, como obra de arte vanguardista. Posteriormente, el cuadro *Le Bateau*, de Henri Matisse, estaría expuesto durante 47 días, en 1961, en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, antes de que alguien notara que estaba colgado del revés. El arte ya no busca la belleza y la armonía sino la provocación. La genialidad se somete a criterios ideológicos o a la moda del momento, aunque nadie sepa muy bien de dónde ha salido⁷. De la cultura monocorde hemos pasado a la pérdida de cordura.

“aporofobia”— o el odio antitaurino. De hecho, un juzgado de lo penal de Segovia en noviembre de 2019 reconoció que un «voraz episodio de odio» puede quedar sin castigo si el afectado formaba parte de un colectivo al que el legislador discrecionalmente no había decidido proteger, como era el caso de los toreros y la tauromaquia.

⁷ Sin embargo, A. Margalit (2010, p. 134) nos da un criterio: «Toda obra de arte creada o distribuida en una sociedad decente no debe hacer que nadie se sienta humillado (...) y cuando esta humillación artística recibe el apoyo institucional, por ejemplo mediante subvenciones, la sociedad tampoco es una sociedad decente».

Se busca una sociedad más integradora e inclusiva, pero con miembros más desintegrados, frágiles, confundidos, esclavos del “ofensismo” o la suspicacia patológica. Si Freud destacaba la hostilidad natural a la cultura por las renunciaciones de lo pulsional que exige (Freud 1992^a: 15), hoy el modelo cultural crea igualmente hostilidades cuando justifica y legitima los excesos. La ansiedad, la depresión, los tranquilizantes y el estrés se han convertido en señas de identidad de la civilización occidental (Tone 2009). El “hombre nuevo” no es el que buscaba Nietzsche sino el consumidor de ansiolíticos, antidepresivos, opiáceos, drogas varias, incapaz de conciliar el sueño sin la ayuda de pastillas. Se dice proteger a los “dependientes” mientras se incrementa el sentido de “dependencia” al Estado y a sustancias varias.

Uno de los lemas de la posmodernidad era “sexo, drogas y rocanrol”, con comunas donde practicar el amor libre. Pero el optimismo colorido se convirtió rápidamente en el pesimismo más banal: “Los *beats* de los años cincuenta y los jipis de los sesenta hicieron del pesimismo sobre la condición humana –no del optimismo– un tema cultural omnipresente (...). La vida era un juego que nadie ganaba” (Toffler 1980: 283). Se exalta el carácter introvertido y melancólico del antihéroe a pesar de que salga normalmente muy caro. James Dean (1831-1955), el actor de *Rebelde sin causa*, uno de sus prototipos más reseñables, resumió esta forma de entender la vida en su famoso lema: “Vive rápido, muere joven, deja un hermoso cadáver” (murió a los 24 años en un accidente de coche que al parecer él mismo provocó). El remedio utópico se ha convertido en pandemia distópica.

La depresión es ya una enfermedad común que afecta a más de 350 millones de personas y el suicidio la segunda causa de muerte violenta en Occidente, tras los accidentes de tráfico. Su porcentaje aumenta paradójicamente con el nivel de desarrollo económico y de alfabetización (Todd 2008: 65). Mientras en países en vías de desarrollo con inestabilidad política (e.g. Perú, Haití, Filipinas y Ghana) la tasa de suicidio es inferior al 5 por cada 100.000 habitantes, en países ricos y pacíficos (e.g. Suiza, Francia, Japón y Nueva Zelanda) la tasa supera al 10 de cada 100.000 habitantes. La lista de suicidas incluye sorprendentemente no solo personas desvalidas o en situación de desigualdad o pobreza, sino intelectuales prominentes y artistas “de éxito”. También aquí el virus posmoderno ha agravado el problema. En la música y el cine numerosos jóvenes y no tan jóvenes, llegados a la cumbre del éxito y el reconocimiento, se enganchan a las drogas o acaban suicidándose. El elenco es amplio: Sid Vicious, Ian Curtis, Nick Drake, Robert Johnson, Brian Jones, Jimi Hendrix, Janis Joplin, Jim Morrison, Kurt Cobain, Amy Winehouse, Tim Bergling (Avicii). Chester Bennington.... Otros y otras se quedaron en el intento: Halle Berry, Britney Spears, Eminem, París Jackson... Por no hablar de los españoles...

Y es que dentro de la campaña para destruir el pasado existe una curiosa excepción: se asume acríticamente el modelo de éxito que exalta el triunfo profesional y económico. No importa al parecer que nos lleve a ser esclavos del trabajo, la vanidad y los bienes materiales y que abra la puerta a nuestros demonios. La “American Management Association” señaló en un estudio de los años ochenta que el 40% de quienes tienen funciones directivas y empresariales son infelices en sus puestos y que más de la tercera parte sueñan con una profesión alternativa en la que consideran que serían más felices (Toffler 1980: 117). Hemos olvidado que “éxito” proviene del latín *exitus* (“salida”), un proceso que nos lleva a salir de una situación problemática, de un conflicto o de una carencia. Pero como la posmodernidad es esencialmente materialista se queda con la parte más superficial del proceso. F. Fukuyama utiliza el término “megalotimia” (aspiración a ideales superiores), de reminiscencias platónicas, para constatar que la sociedad occidental proporciona progreso material y seguridad, pero al precio de crear “hombres sin pecho”, que más allá de la satisfacción actual “no tienen nada en su núcleo, ni metas ni ideales más elevados por los que estén dispuestos a luchar y sacrificarse” (Fukuyama 2019: 15). El éxito por tanto no libra de la depresión al que todo tiene y nada basta.

La identidad se configura como un mecanismo para elevar nuestra autoestima. De hecho, gran parte de lo que ocurre en nuestras sociedades e incluso en la política mundial se debe a la “demanda de reconocimiento de identidad” (F. Fukuyama, 2019, p. 17). Los nuevos grupos identitarios se comportan como sectas tanto hacia fuera (persiguiendo al hereje), como hacia adentro, castigando cualquier desviación para reforzar su cohesión y solidaridad: “una vuelta al tribalismo y a leyes ‘ad hoc’ para grupos concretos, que se aprovecha de tendencias innatas en nuestra herencia cognitiva” (Haidt & Lukianoff 2019: 30). Las doctrinas de la “nueva identidad” practican las mismas actitudes perversas de las “ideologías fuertes” que nos llevaron a las dos guerras mundiales: la “deshumanización y la demonización del adversario”. Se busca desesperadamente una identidad atractiva, considerando como tal cualquiera que niegue el pasado. Aparecen multitud de etiquetas que ofrecen protección y prestigio bajo el paraguas de la moda imperante del momento. Pero esta búsqueda no va al fondo de nuestro ser, se queda en la superficie, produciendo un caos identitario que afecta de manera particular a los jóvenes, condenados a ser no en la generación más preparada sino la más frágil.

La generación con una educación basada en principios posmodernos, con más derechos, más protegida y con mayor dominio de la tecnología, paradójicamente se muestra desencantada. La depresión y la ansiedad aumentan, contraintuitivamente, entre los adolescentes, especialmente entre las mujeres y universitarios (Haidt & Lukianoff 2019: 234, n. 452). Y también la violencia de

género⁸. El sistema educativo debe acompañar la formación de la personalidad y el desarrollo de las capacidades, convirtiendo al “impúber” y al “púber” en un ciudadano responsable, consciente de sus obligaciones sociales, capaz de ser dueño de su destino y de su mente para enfrentarse a las dificultades de la vida. Por eso en Alemania mantienen para la escuela secundaria el término *gymnasium*, procedente del griego y que incluye esta idea como cuando el poeta romano Juvenal afirmaba “mens sana in corpore sano”.

N.N. Taleb precisa que los músculos del cuerpo y de la mente necesitan ejercitarse frente a obstáculos y estresores para poder desarrollarse, fortalecerse, estirarse y ganar flexibilidad y capacidad de adaptación, pero la tragedia de la posmodernidad es que “al igual que los padres tan sobreprotectores que rozan la neurosis, quienes más nos intentan ayudar son los que más nos acaban perjudicando” (Taleb 2013: 6). La de-presión más que efecto de la presión es muestra de nuestra falta de preparación para enfrentarnos a ella. La existencia se presenta como algo donde todo le debe venir lo más masticado posible al niño-adolescente. La responsabilidad individual se sustituye por la colectiva o la ajena. Se oculta que la vida es lucha contra el lado oscuro que pervive tanto al exterior como al interior del ser humano. Solo hay derechos, ningún deber. Esta situación crea dos islas de células invisibles desprotegidas: los jóvenes crecientemente desorientados, víctimas de otros jóvenes, y sus padres y madres maltratados por sus reacciones descontroladas⁹.

2.4. Una multiculturalidad acultural

La multiculturalidad es una idea guiada por buenas intenciones. Aparece unida al movimiento de derechos civiles y protección de minorías, transformando los derechos individuales en derechos de determinados colectivos (Huntington 2015: 367). Sin embargo, no sabemos cómo hacer que funcione cuando la mochila cultural con que viaja cada persona contiene valores y principios contradictorios con la sociedad de acogida. Existe una carrera competitiva sobre qué país occidental es más o menos solidario. Pero mientras se defiende la multiculturalidad, las barriadas de París y otras grandes ciudades francesas fluyen en revueltas y conflictos creando una crisis social sin precedentes (Todd 2008: 128 ss.), al tiempo que los partidos anti-inmigración crecen en apoyo social ante un fenómeno migratorio que se muestra sin límites¹⁰.

⁸ Ver, por ejemplo, Estadística del INE para el año 2021 sobre violencia doméstica y de género: https://www.ine.es/prensa/evdvg_2021.pdf (acceso el 30 de mayo de 2022)

⁹ Según la Memoria de la Fiscalía 2020, la violencia de menores a padres y hermanos es un fenómeno creciente: en 2019 se incoaron 5055 asuntos, frente a los 4833 de 2018, los 4665 de 2017 y los 4355 de 2016 [<https://www.fiscal.es/memorias/memoria2020/>] (acceso el 20/11/2021)

¹⁰ Una vez más, nada es lo que parece. Por ejemplo, Canadá que pasa por ser uno de los países más abiertos e integradores en realidad selecciona rigurosamente a los inmigrantes que permite entrar en función de las necesidades de su economía; como resultado tienen un nivel cultural superior a los

La multiculturalidad en realidad no defiende que todas las culturas sean iguales, sino que cualquier cultura es superior a la occidental. Esta auto-flagelación se muestra, por ejemplo, cuando Nussbaum llega a sostener que el “miedo a verse superado por la mujer” es mayor en occidente, obviando la pequeña cuestión de que en otros lugares la posibilidad de la mujer de superar al hombre es cercana al cero absoluto (Nussbaum 2019: 222). Se ignora igualmente el hecho de que un porcentaje de migrantes dejan precisamente su país (subdesarrollado o en vías de desarrollo) huyendo de sus imposiciones culturales, buscando otro marco más acorde con sus preferencias. La solidaridad también implica proteger a los heterodoxos (otras células silenciadas) de cada cultura, al tiempo que se mantienen los elementos claves de nuestra convivencia y progreso. No basta con yuxtaponer culturas y esperar que todo fluya mágicamente pues existen costumbres que ineludiblemente entran en conflicto con otras. La multiculturalidad choca con la realidad: si todas las culturas son igualmente respetables, las actitudes que denigran o menosprecian a la mujer sólo pueden ser cuestionadas si proceden de la cultura occidental en otro ejemplo de “harakiri cultural”. Como resultado, las mujeres cuyos atacantes tengan otra procedencia pasan a ser células invisibles. Prima el temor a ser considerado xenófobo.

2.5. Una igualdad desigual

Todos somos en parte iguales y en parte singulares, somos “lo mismo” – compartimos una misma esencia–, pero no “el mismo”. Tengamos un género u otro, no nos mostramos iguales frente al mal o la violencia, frente a la felicidad o a la desgracia. Unos acaban protagonizando, con la misma enfermedad mental, pobreza o traumas infantiles, comportamientos violentos mientras otros no. La madre de todas las batallas más que la guerra de sexos sería la de los caracteres (Ibáñez y Cardero: 2003); un campo que ha devenido invisible a la hora de poder explicar la violencia de género como aparejada a ciertas personalidades o psico(ce)lopatías.

El feminismo clásico luchaba contra discriminaciones evidentes de la mujer que la impedían acceder a ciertos derechos (como el sufragio activo y pasivo), estudios, profesiones o que, sobre todo cuando se casaba, la situaban en una posición jurídica de dependencia respecto al marido. Si Concepción Arenal o Clara Campoamor se levantaran de su tumba lo harían con una sonrisa de satisfacción (Ibáñez, 2021a: 230). Hoy las cuestiones más esenciales como son la salud (medicina), la libertad (justicia) y la educación (enseñanza) están mayoritariamente en manos de mujeres. Por tanto, podría decirse que

canadienses de nacimiento, es decir que lo deja entrar de forma limitada y por motivos estrictamente egoístas (Bricker y Ibbitson 2019: 226-228).

la lucha feminista se ha coronado con un gran éxito, como ocurrió en su día con la socialdemocracia que logró imponer su idea del estado de bienestar. Sin embargo, en uno u otro caso, se abren permanentemente nuevas brechas de lucha. Pueden resultar legítimas siempre que no enfrenten artificialmente a unos grupos contra otros, olvidando que nunca existirá un mundo perfecto ni para hombres ni para mujeres.

Y es que cada enfoque tiene consecuencias. Si partimos de ciertas presunciones apriorísticas, el debate profundo de las causas reales de los fenómenos complejos se difumina. Por ejemplo, si de verdad queremos entender el fenómeno de la violencia en relación con el género debemos asumir que los chicos son más agresivos “físicamente”, propensos a empujarse y pegarse unos con otros, mientras las chicas son más agresivas “racionalmente”, propensas a dañar relaciones, reputaciones y estatus social de sus rivales (cfr. la psicóloga Nicki Crick citada por Haidt & Lukianoff 2019: 243, nota 473). Por tanto, la diferencia entre la agresividad masculina y femenina no es principalmente de naturaleza cuantitativa, sino de diversidad cualitativa en cuanto a las formas en que se expresa. Así, en función del enfoque, las mujeres susceptibles de ser dañadas en redes sociales por mensajes mandados por otras mujeres que persiguen excluirlas públicamente del grupo, quedarían como otra isla invisible fuera de las medidas de protección. Y ello es tanto más relevante cuando las redes (que atrapan a sus presas) sociales han sustituido al apoyo familiar.

2.6. Una biología subjetiva y ambivalente: el anarcogénero

La posmodernidad ha tratado de ensanchar el marco de referencia, con algunos logros (como el reconocimiento e integración de la homosexualidad) pero sin un cuadro final claro de lo que persigue. En materia sexual, en una primera fase, se buscó la ausencia total de límites: todo valía con tal de que no (pareciera) impuesto desde fuera. En los años 70 un signo de distinción era haber visto un *Tango en París*, que incluía una violación anal real, o leer la novela sadomasoquista *Historia de O*, que ensalzaba la esclavitud sexual de la mujer en pleno siglo XX (escrita por una mujer, Dominique Aury). Los mismos que entonces reclamaban total libertad hoy se escandalizan por el incremento de la violencia de género o las violaciones en grupo, como si el propio cambio de marco cultural fuera irrelevante. Resulta antimoderno plantear la influencia que hayan podido tener esas películas u otras como *Irreversible* de Gaspar Noé o *50 sombras de Grey*, o el haber permitido que la pornografía haya invadido nuestras vidas y la de nuestros hijos, o considerar recomendable experimentar todo tipo de juegos sexuales aunque ello implique hacer daño a otro o que nos lo hagan. Si Freud llenó su consulta de reprimidos, hoy sus herederos las llenan de trastornos por excesos.

Más libertad sexual debería haber traído, al menos, más y mejor sexo. Sin embargo, no solo no hemos acabado con la prostitución, sino que ésta ha aumentado (de hombres y de mujeres) mientras se practica el sexo (consentido) cada vez menos. Si antes se acusaba a la Iglesia de meterse en nuestra cama, ahora cualquier ONG está legitimada para hacerlo. Tenemos sexo hasta nueve veces menos que a finales del siglo xx en el mundo desarrollado, con porcentajes de hasta un 25% de personas que nunca han tenido relaciones al cumplir los 40 años y la tendencia es que siga aumentando (Twenge, Sherman, Wells 2017: 2389-2401). Todo ello sin contar con el peso cada vez mayor del sexo virtual y la tendencia legítima, pero inédita hasta ahora, de optar por ser asexuales mientras se sigue criticando el voto de castidad por creencias religiosas.

Volvemos a los tiempos freudianos donde todo es sexo, aunque siga siendo un arcano que se resiste a ser comprendido, a pesar de estudios famosos como el de Shere Hite. Freud reconocía que “La cultura tiene que movilizarlo todo para poner límites a las pulsiones agresivas de los seres humanos” (Freud 1992b: 109). Pueden cuestionarse o cambiarse esos límites, pero no eliminarlos pues el sexo no solo libera, también esclaviza pudiendo llevar a la disolución de la sociedad y del individuo. Cuando se critica al amor romántico como un instrumento de dominación para la mujer, se olvida que, por amor, tanto hombres como mujeres son capaces de jugarse patrimonio, familia, salud y hasta su propia dignidad y libertad, sin obviar que algunas críticas al romanticismo pueden ser una mera manifestación inconsciente de un deseo permanentemente insatisfecho. La alternativa parece ser el cibersexo, única posibilidad de que la pareja (robotizada) se adecúe a todas nuestras necesidades y no nos dé problemas. No debería hacerse la vida de pareja más difícil de lo que ya es pues el secreto del amor, como el de libertad o el sexo, están por escribir.

Cualquier sistema necesita reglas y criterios para funcionar, y siempre habrá quien logre sacar más ventajas de ellos. Resulta contradictorio que se acepten, e incluso impongan, claros límites en el campo del clima o la ecología mientras en el terreno bio-socio-cultural todo esté permitido “si hay consentimiento”. Igualmente contradictorio parece defender la protección de la naturaleza y de la estabilidad del clima como prioritarias sobre la voluntad (egoísta) de los individuos, mientras se fomenta el cambio de sexo tantas veces como se quiera dando primacía a la voluntad subjetiva (y egoísta) de cada individuo.

La categoría hombre/mujer ya no basta para describir la especie humana. Una vez superado el dilema hetero-homo, llega el anarcogénero. Se diferencia entre géneros cis y trans, géneros binarios y no binarios, intersexuales (antiguamente hermafroditas), pangénero..., todo relacionado asimismo con el derecho a la identidad personal-sexual: hombres encerrados en cuerpos de mujeres y viceversa, que pueden llegar al caso cambiar de identidad de

nuevo (género fluido); hombres (antes mujeres) que pueden dar a luz (y ser padres/madres al mismo tiempo) porque a pesar de haberse operado para cambiar de género han mantenido su útero... Se ha llegado a plantear incluso si ciertas personas tendrían derecho a que se les ampute un miembro de su cuerpo si alegan que su identidad se ve afectada por tenerlo¹¹. J. Butler, en su libro *Gender Trouble* (1990), es quien tal vez ha conceptualizado mejor el nuevo enfoque: tanto el sexo como el género (y la diferencia hombre-mujer) serían constructos socioculturales, por lo que nada debe darse por supuesto¹². Sin embargo, paradójicamente esta teoría lleva a que “todo” acabe siendo constructos mentales, según la tendencia del momento. Del género binario biológico hemos pasado al género cultural, difuso y móvil, todo un reto para la estabilidad psicológica a los individuos. Lo híbrido está de moda.

Otra paradoja es que, bajo el pretexto de querer proteger a la mujer, ésta acabe resultando perjudicada, perdiendo su identidad, reducida ahora a “persona menstruante”, “mujer no transexual” o “progenitor gestante”, con el fin de no molestar a otros grupos¹³. También pierden el monopolio de la maternidad pues los hombres ya pueden ser madres (si se sienten subjetivamente así) a través de la maternidad subrogada y la adopción o, en un futuro, la gestación externa a la carta en úteros artificiales reproducidos y controlados en laboratorio. Otra cosa es que haya mujeres para las que la maternidad sea esencial, otras para las que resulte algo secundario o complementario y otras que carecen de cualquier instinto de ese tipo. Pero si identificar la identidad del ser humano con sus genitales es reductor hacerlo con cómo siente su sexo (cambiante) puede no serlo menos, mientras olvidamos que un ser humano es mucho más que su género. El sistema cultural que se contrapone al sistema biológico, en nombre de la realización personal, no acaba con los condicionamientos sino que los cambia de forma.

2.7. Valores comunes “versus” ética procedimental

La posmodernidad promete un futuro potencialmente revolucionario sin raíces ni valores comunes sino, como mucho, una ética instrumental. Popper

¹¹ El catedrático de filosofía del Derecho, Pablo de Lora ha profundizado en todas estas cuestiones desde un enfoque transversal y respetuoso (2019 y 2021). Ello no ha impedido que haya sufrido intentos de cancelación y boicots por grupos neofeministas y transexuales, como el que le impidió intervenir en la Universidad Pompeu Fabra en diciembre de 2019.

¹² Butler matizará no obstante algunas de sus posiciones originarias, debido a la reacción que habían producido en el feminismo clásico, en su prefacio de 1999 que aparece en la edición que hemos manejado (Butler 2006: 5-10)

¹³ El nuevo “Anteproyecto de Ley para la igualdad real y efectiva de las personas trans y para la garantía de los derechos de las personas LGTBI”, en su disposición final primera modifica el Código civil (por ejemplo, el art. 137) pasando a distinguirse entre “progenitor gestante” (madre) y “progenitor no gestante” [<https://www.igualdad.gob.es/servicios/participacion/audienciapublica> (acceso 27/06/2022)].

abriría la puerta a la ética procedimental con su “sociedad abierta”, articulada posteriormente entre otros por J. Rawls o N. Luhmann (Ibáñez 2017). Ya no se buscan verdades o principios sustantivos sino “constructos” significativos o dotados de sentido (móviles) a través de un procedimiento abierto, plural y deliberativo: verdades para cada ocasión. El resultado es lo de menos, lo que da legitimidad es el proceso.

El problema es que “sin valores, no hay significado” (Peterson 2018: 17)¹⁴. Los valores pueden generarse, pero su número no es ilimitado ya que “la libertad de unos depende de la contención de otros” (Berlin 2010: 136-139). No es necesario para ello acudir a la religión, basta acercarse a los griegos que desde Sócrates a Aristóteles han insistido siempre en lo importante para una sociedad de tener una dirección moral. La compasión depende ahora de las modas o de la selección de imágenes que nos muestren los medios de comunicación y las redes, convertidas en iglesias posmodernas de culto. Hemos matado a Dios, pero no hemos encontrado un nuevo ethos. La “civilización de los deberes” predominante en el siglo XVII, se ha ido poco a poco transformando en una “civilización de los derechos” (Iglesias 2006: 113). En lugar de crear una gran ética pública nos hemos quedado en una ética de emoticonos propia de una sociedad acomodada que corre el riesgo de perder gran parte de sus logros pasados.

La globalización económica y tecnológica debería haber llevado a una extensión de unos mismos valores sociales y culturales, pero esto que empezó siendo cierto con la exportación de la democracia hoy ya no lo es tanto (Díez Nicolás 2020: 644). No solo se ha producido un freno en la convergencia de valores políticos, sino también en los valores religiosos y morales. Frente a un Occidente que vive crecientemente de espaldas a la religión, en el mundo árabe la creencia en Dios (Alá) sigue siendo muy relevante (Díez Nicolás 2020: 363)¹⁵. Mientras la civilización occidental desprecia sus propias raíces religiosas y culturales y niega su historia, Rusia, India, China o el mundo árabe llevan a cabo un proceso de revitalización y autoafirmación de sus culturas nacionales históricas, exacerbando incluso su pasado mítico. No es de extrañar que el eje geoestratégico se esté trasladando hacia Asia mientras que Occidente y en particular Europa estén asistiendo a su creciente irrelevancia

¹⁴ J.B. Peterson, profesor de psicología de la Universidad de Toronto, se ha convertido en uno de los pensadores más incisivos en cuestionar algunas de las “verdades” que presiden el pensamiento postmoderno, y que estarían llevando al “caos”. En enero de 2022 abandonó la Universidad para no perjudicar a sus alumnos que eran discriminados a causa del dominio del pensamiento “woke”, fenómeno tratado en otro artículo de este monográfico. Cancelado.

¹⁵ La relevancia de Dios (Alá) en la vida de la gente (“muy importante”) alcanza porcentajes superiores al 90% en algunos países árabes (e.g. Catar, 98,9%, y Egipto 94,1%), mientras en Occidente el mayor peso se daría en los EEUU (40.4%), con porcentajes muy menores en otros países (España con el 10,7% y Suecia con el 7.9% estarían dentro de pelotón de cola) (Díez Nicolás 2020: 462, citando datos del WVSurvey, 2010-2014)

(Lamo de Espinosa 2021: 244, 245). Y es que no basta una razón meramente instrumental, la sociedad necesita valores sólidos y el diálogo no puede ser sin límites, sino que debe encuadrarse en la búsqueda de una vida mejor, la justicia y la solidaridad.

2.8. El capitalismo posmoderno

El mayor enemigo del capitalismo ha sido el propio capitalismo del mismo modo que el mayor enemigo del comunismo fue el comunismo. Pero al mismo tiempo el comunismo surge gracias a los excesos capitalistas y el capitalismo es a su vez salvado y vence al comunismo gracias a las reformas de orientación socialista (Judt 2010: 18, 55). Esta paradoja se mantiene. La posmodernidad no sólo proviene de una izquierda que había conseguido sus principales objetivos con la consagración del estado del bienestar. También tiene un origen liberal popperiano que ha sabido ser aprovechado por quienes querían un capitalismo sin límites. El comunismo cayó, pero la posmodernidad ha abonado el terreno para que triunfen el consumismo compulsivo-obsesivo o el capitalismo especulativo o tecno-financiero, muy distinto del que existía a finales de los años 60, con la figura del especulador o el emprendedor líquido —tipo “lobo de Wall Street”—, aunque sobrevivan afortunadamente emprendedores que crean riqueza y persiguen honestamente sus sueños. El Estado aprovecha igualmente este contexto nihilista gastando sin control y aumentando la deuda sin límite, poniendo así en peligro la subsistencia del estado de bienestar cuyo más terrible peligro no es tanto la austeridad razonable como la bancarrota.

Un caso singular de esta combinación capitalismo-comunismo es China, que se configura como gran éxito posmoderno sobre la base de un modelo de libre mercado con partido único. Lo sorprendente es que esa misma Europa que defiende los derechos sociales (gasta más del 60% del mundo), el salario justo, una jornada laboral limitada, los derechos humanos y la protección del medio ambiente, consienta comerciar con un país que no cumple ninguno de esos requisitos, anteponiendo así los bajos precios a la ética. Ello incluso iría en contra de los principios de una competencia leal, donde todas las partes deben respetar las mismas reglas. Sin el relativismo moral y la ausencia de límites, probablemente Occidente no habría podido aceptar este chantaje que le convierte en vasallo económico de una dictadura comunista-capitalista.

2.9. La sacralización de lo nuevo y la tecnocracia

La posmodernidad no acaba ni con lo sagrado ni con los dogmas. Lo nuevo es mejor que lo antiguo no por ser mejor, sino por su propia esencia sagrada-novedosa o porque así lo dicta el dogma de la moda. Se desprecia “lo clásico” (incluso en la música) olvidando que se refiere (RAE) al “periodo de mayor plenitud de una cultura o una civilización o de un autor u obra que se tiene por modelo digno de imitación en cualquier arte o ciencia”. Del todo es bueno si lo legitima la historia hemos pasado a todo es bueno si carece de ella. La “innovación” es la solución mágica a todos los problemas, pero deriva fácilmente en tiranía al tener que cambiar permanentemente de todo o darte por excluido. No hace falta demostrar que los cambios mejoran la sociedad, sólo hay que “dar la impresión” de que se hace algo distinto, aunque se limite a cambiar el lenguaje con nuevas palabras (e.g. disruptivo, resiliencia, empoderamiento...) que simplemente desplazan viejos significados como el coraje, el sacrificio o la responsabilidad.

No toda innovación asegura un progreso real (“si algo funciona, ¿por qué cambiarlo?”), pero Occidente ha asumido que no puede competir en precio con otras regiones del mundo, que afrontan menos gastos sociales o legislaciones medioambientales más permisivas, por lo que solo le queda competir en calidad o en innovación. Pero esta estrategia tiene poco recorrido pues nuestros competidores no están incapacitados para mejorar la calidad de sus productos e innovar. De hecho, los mejores informáticos están ahora en Asia, donde su sistema educativo resulta más exigente.

La sacralización de lo nuevo por tanto no resuelve los problemas, sólo los aplaza o los disfraza para que no parezcan tales. Mientras vivimos distraídos con nuestras máquinas de moda, la democracia poco a poco se deteriora y transforma provocando una nueva lucha de clases oculta. A las seis etapas clásicas del ciclo del poder (anaciclosis), que se suceden cada vez que la anterior entra en crisis, hoy cabe añadir una séptima: la tecnocracia. Una forma de gobierno donde el poder lo ejercería quien controle la tecnología aunque no se sepa muy bien quiénes seas estos¹⁶.

Vivimos un resurgir del autoritarismo por todo el mundo (Fukuyama 2019: 21) y un retroceso de las libertades en países que siguen siendo formalmente democráticos¹⁷. Algunos dan ya prácticamente por perdida a la democracia (Todd 2008). Cuando el ejercicio de cada vez más derechos aparece condicionado a contar con una identidad electrónica estamos ante un

¹⁶ La tecnología incluso permite que pequeños grupos de personas en un laboratorio básico pueden construir un arma biológica, o de otro tipo, que destruya el planeta (Rees 2019: 21).

¹⁷ El Informe *Freedom in the World 2019* constata que el porcentaje de países «no libres» creció al 26% mientras los países libres bajaban al 44%: <https://freedomhouse.org/report/freedom-world/freedom-world-2019/democracy-in-retreat> (acceso el 20/05/ 2021).

cambio de paradigma donde no es sólo que el fin justifique los medios sino que el fin (derechos) queda condicionado por los medios (la tecnología). No somos iguales ante la tecnología, tanto a título individual (e.g. control de nuestros datos) como colectivo: naciones e incluso continentes dependen crecientemente de agentes externos no solo para colocar su deuda sino para obtener tecnología.

El verdadero conflicto social se encuentra hoy entre los tecnócratas y sus máquinas frente al resto de los ciudadanos convertidos en vasallos digitales o en marginados sociales si no pueden o no quieren someterse a la tecnología dominante. Esta lucha trasciende las diferencias ideológicas clásicas, pues una persona puede ser tecnoprogresista y estar reforzando el poder de las élites... o no, mientras otra puede ser tecnoreaccionaria, pero al mismo tiempo defender el medio ambiente y luchar contra el cambio climático... o no. El precio de no estar a la última es el duro exilio del no-conectado. No es ya la raza, el sexo, la riqueza material o la clase social lo que distingue al individuo, sino su grado de compromiso o implicación en el mundo digital. Alguien puede vivir en una choza, pero si está tecnológicamente conectado al 100% será “uno de los nuestros”, mientras si vive en un apartamento lujoso en Manhattan, pero sin conexión 100% a Internet, será sospechoso de traición, un desclasado. Cancelado.

Hemos pasado de ser los dueños de los aparatos a meros instrumentos prescindibles de estos. De máquinas humano-dependientes para funcionar, hemos pasado a ser humanos tecno-dependientes para poder seguir con nuestras vidas. Si la tecnología nos ayudó a bajar del árbol para poder vivir en tierra con seguridad, hoy puede llevarnos a buscar refugio en los pocos árboles que queden vivos. Si confiamos más en la tecnología que en los seres humanos, estaríamos ante una mutación cultural que no se ha sometido a referéndum. El hombre nuevo ha acabado siendo el hombre-máquina... y no es consciente de ello.

3. Posibles vacunas: *nulla ethica sine finibus* y vuelta al equilibrio

La lucha entre lo nuevo y lo viejo es eterna, como lo es el conflicto generacional, e incluso el término nihilismo ya aparece a finales del siglo XIX. Todo eso lo encontramos en la novela de Iván Turguénev *Padres e hijos*, publicada en 1862. Pero el hecho diferencial es que esta vez se trata de cortar todas las raíces del árbol civilizatorio que nos ha traído hasta aquí, que los hijos maltratan a sus padres y que el cambio que se propone afecta —especialmente, pero no sólo, por efecto de la tecnología— a la propia naturaleza y esencia del ser humano. La civilización occidental sufre un *seppuku* cultural. La

posmodernidad no ha traído la paz y la armonía sino el reforzamiento de la polaridad y la confusión. El cambio permanente y la ausencia de límites contrasta con la necesidad humana de una cierta estabilidad y reglas claras para plantear planes vitales y desarrollar proyectos.

Para revertir esta dinámica que lleva a la crisis de identidad y la ansiedad, lo primero es aprender las lecciones que ofrece gratis la Historia pues un virus siempre se parece a otro anterior. La caída del Imperio romano tuvo varias causas antes de sufrir la invasión bárbara por el norte y otomana por el sur. Durant (1944: 665-670) ha identificado un “proceso” previo que se manifestó en la decadencia moral, la relajación de costumbres y de carácter, luchas de clases, la caída del comercio, el abandono de los cultivos, los impuestos asfixiantes, problemas de suministro, la deforestación, el descuido del cultivo y la creciente pobreza del campo, los efectos de la plaga del 260-65 y la malaria, la mayor dependencia económica del exterior y el deterioro de su industria, el incremento de la deuda y gastos innecesarios, una burocracia expansiva, una clase política despótica y corrupta, así como la drástica disminución de la población que llevó al abandono de granjas y a tener que dejar entrar a los bárbaros y orientales por ser las únicas razas que crecían demográficamente. Tal vez el lector piense que esta relación de causas, por su similitud con las actuales, fue escrita con ánimo de provocar, pero el libro de Durant es de 1944.

Necesitamos un renacimiento cultural que no pasa por recuperar ningún eurocentrismo sino por no negar lo mejor de lo que hemos sido (Ibáñez, 2021c: 27). Debemos buscar el tercer rostro de Jano, una vuelta al “in medio virtus est” [μεσότης] aristotélico, concretando los límites que pongan coto a los variados excesos en que hemos caído tanto a nivel individual y colectivo. Para ello, en primer lugar, cabe practicar la “modernición”: la sabia combinación de modernidad y tradición. Llevamos siglos tratando de construir el paraíso en la tierra sin conseguirlo, con el coste de millones de muertos. Hoy nuestros enemigos internos, armados con el hacha de la ingenuidad, se dedican a cortar las raíces culturales que nos han traído hasta aquí: filosofía griega, derecho romano, humanismo cristiano, metafísica, neoescolástica e ilustración. Pero si cortamos las raíces el árbol se cae. Para ganar el futuro no podemos despreciar lo mejor de nuestro pasado, sino en su caso actualizarlo. Mejor que cortar raíces, concentrarse en la poda y tal vez algún injerto.

No se trata de parar el proceso de evolución tecnológica pero sí de plantearse cómo protegerse frente a sus consecuencias negativas no previstas. Si dejamos que los cambios tecnológicos y económicos se desarrollen autónomamente sin ningún criterio moral o código ético, caeremos en “la vieja e insensata forma de enfocar la tecnología: si funciona, prodúcelo. Si se vende, prodúcelo. Si nos hace fuertes, constrúyelo” (Toffler 1980: 147).

También hay que establecer un equilibrio entre Estado y mercado y proteger “un espacio en el que se me deje en paz” (Berlín, 2010: 100). Tal vez baste con aspirar a una “sociedad decente”, aquella en la que sus instituciones no humillan a sus integrantes, que se uniría al de “sociedad civilizada” que sería aquella en que sus ciudadanos no se humillan entre sí (Margalit 2010: 15).

Hoy como ayer el ser humano necesita conceptos, reglas y valores comunes, un barco que le permita navegar y un puerto seguro donde reposar en caso de tormenta. Hemos perdido la (R)razón y nos hemos vuelto esclavos de la contradicción. No debemos ocultar el lado oscuro de la vida, sino prepararnos para hacerlo frente. El mal es el exceso y el límite su único contrapeso porque no existe ética posible sin límites: *nulla ethica sine finibus*¹⁸. En el pasado vivíamos tal vez con exceso de límites (lo que constituye un mal), pero de ahí hemos pasado a la ausencia de límites claros, otro tipo de exceso-mal. Cuando un gobernante no encuentra límites a su actuación llega la tiranía. Y cuando sobrepasamos ciertos límites nuestra propia humanidad queda en cuestión. La ausencia de límites claros (o el paralelo exceso de normas que lleva igualmente al caos o a la tiranía, como evidenció Tácito) convierte a la libertad del individuo en más aparente que otra cosa pues paradójicamente “solo cuando obedecemos ciertas reglas, las que cuentan, podemos llegar a ser libres” (Dalrymple 2005: 40-41). Reconocer nuestras limitaciones (humildad), no obstante, no implica renunciar a superarnos.

Con todos sus errores y sus guerras, nuestros antepasados nos transmitieron un legado. El mundo actual no es mucho mejor que aquél y está por ver si tras el paso de la posmodernidad queda algo. En la guerra cultural como en la guerra convencional conviene valorar bien las fuerzas antes de abrir nuevos frentes que puedan llevar a perder todo lo conseguido. No debemos perder el principio de realidad pues ningún modelo cultural puede dejar a todos los individuos satisfechos por igual ya que siempre existirá un número de personas (20%) que estará insatisfecho no importa los esfuerzos por contentarlos según muestra la “constante argentina”¹⁹. La verdad nunca la lograremos al 100%, pero ello no quiere decir que todo valga, ni que todo valga lo mismo. El relativismo es otro dogma que debe relativizarse. Toda sociedad para funcionar requiere un marco moral compartido. La solución pasa por combinar libertad e igualdad con competencia y responsabilidad. No hay derechos sin deberes, ni valores sin contenidos. Frente a la creciente polaridad y los excesos de uno u otro signo, de nuevo la búsqueda del equilibrio para evitar el colapso del sistema.

¹⁸ “El mal existe. Nosotros, sencillamente hemos perdido la capacidad de reconocerlo” (Wolfe 2013, p. 397).

¹⁹ La constante argentina “20/60/20” se basa en el principio de Pareto, la campana gaussiana y los experimentos de S. Milgran y P. Zimbaro (Ibáñez 2020: 73-76; Ibáñez 2021b).

Bibliografía

- Ball, Hugo (2022): *Nietzsche en Basilea*. Sevilla: El Paseo
- Berlin, Isaiah (2010): *Dos conceptos de la libertad y otros escritos*. Madrid: Alianza
- Bricker, Darrell y Ibbitson, John (2019): *El planeta vacío. El impacto del descenso demográfico y global*. Barcelona: Penguin Random House
- Burnham, James (1985): *Suicide of the West: An Essay on the Meaning and Destiny of Liberalism*. Chicago: Regnery Books
- Butler, Judith (2006): *Gender Trouble*. Nueva York: Routledge
- Connor, Steven (1996): *Cultura posmoderna. Introducción a la teoría de la contemporaneidad*. Madrid: Akal
- Dalrymple, Theodore (2005): *Our Culture, What's Left of It. The Mandarines and the Masses*. Chicago: Ivan R. Dee
- Díez Nicolás, Juan (2020), *Los valores sociales y culturales. Cómo surgen, cómo se difunden y cómo cambian*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas
- Durant, Will (1944): *The Story of Civilization (part. III): Caesar and Christ. A History of Roman Civilization and of Christianity from their beginnings to A.D. 325*. Nueva York: Simon and Schuster
- Fini, Massimo (2016): *La modernità di un antimoderno. Tutto il pensiero di un rebelle*, Milán: Marsilio Nodi.
- Freud, Sigmund (1992^a): “El porvenir de una ilusión” en Freud, *Obras Completas*, vol. 21 (1927-31). Buenos Aires: Amorrortu, 1-55
- Freud, S (1992b): “El malestar en la cultura”, en Freud, *op. cit.*, 57-140
- Fukuyama, Francis (2019): *Identidad. La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento*. Barcelona: Deusto
- Haidt, Jonathan y Lukianoff, Greg (2019): *La transformación de la mente moderna. Cómo las buenas intenciones y las malas ideas están condenando a una generación al fracaso*. Barcelona: Deusto
- Hermosa Andújar, Antonio (2021): “Arte político y legitimidad (el homo novus y el discurso de Mario en el Jugurta de Salustio)”, *La torre del Virrey* 29, 7-19
- Huntington, Samuel P. (2015): *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós
- Ibáñez, Alberto G y Cardero López, J.L (2003): “La guerra de los caracteres: la madre de todas las batallas”, *Revista de Antropología Experimental (Universidad de Jaén)*, 3 (www.ujaen.es/huesped/rae).

- Ibáñez, Alberto G (2017): “Hacia un renacimiento cultural: ¿Procedimientos o valores compartidos?”, en Itziar García y Xavier Peytibi (coord.) *Cómo la UE puede volver a enamorar*, Monográfico 3, *Revista Politics Magazine* (<https://beersandpolitics>)
- Ibáñez, Alberto G (2020): *La Guerra cultural. Los enemigos internos de España y Occidente*. Córdoba: Almuzara
- Ibáñez, Alberto G (2021a): “Clara Campoamor: una republicana y feminista auténtica”, *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*, 47, 211-232
- Ibáñez, Alberto G (2021b) “El olvido de los límites: ‘nulla ethica sine finibus’ y ‘la constante argenta’” *Revista letra libre 2* (<https://www.letralibre.es/2021/02/el-olvido-de-los-limites.html>)
- Ibáñez, Alberto G (2021 c), “End of Europe or New Renaissance?”, *International Political Anthropology*, 14 (1), 25-29
- Iglesias, Carmen (2006): *Razón, sentimiento y utopía*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores
- Judt, Tony (2019): *Il Fares the Land: A Treatise On Our Present Discontents*. Londres: Allen Lane
- Lamo de Espinosa, Emilio (2021): *Entre águilas y dragones. El declive de Occidente*. Barcelona: Espasa
- Lora, Pablo de (2019): *Lo sexual es político (y jurídico)*. Madrid: Alianza
- Lora, pablo de (2021): *El laberinto del género. Sexo, identidad y feminismo*. Madrid: Alianza
- Margalit, Avishai (2010): *La sociedad decente*. Barcelona: Paidós
- Taleb, Nicholas Nasim (2013): *Antifrágil. Las cosas que se benefician del desorden*. Barcelona: Paidós
- Nietzsche, Friedrich (1979): *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza (4ª edición).
- Nussbaum, Martha C. (2019): *La monarquía del miedo. Una mirada filosófica a la crisis política actual*. Barcelona: Paidós
- Onfray, Michel (2019): *Théorie de la dictature précédé de Orwell et l'Empire maastrichtien*. Paris: Robert Laffont
- Onfray, Michel (2021): *La nef des fous: Des nouvelles du Bas-Empire*. Paris: Robert Laffont
- Peterson, Jordan B. (2018): *12 reglas para vivir. Un antídoto al caos*. Barcelona: Planeta
- Rees, Martin (2019) *En el futuro. Perspectivas para la humanidad.*, Barcelona: Crítica
- Reno, Russell Ronald (2020): *El retorno de los dioses fuertes. Nacionalismo, populismo y el futuro de Occidente*. Madrid: Home Legens

- Saunders, Frances Stonor (2001): *¿Quién pagó al flautista? La CIA y la guerra fría cultural*. Madrid: Debate
- Todd, Emmanuel (2008): *Après la Démocratie*. Paris: Gallimard
- Toffler, Alvin (1980): *La tercera ola*. Bogotá: Plaza&Janés
- Tone, Andrea (2009): *The Age of Anxiety: A History of America's Turbulent Affairs with Tranquilizers*. Nueva York: Perseus Books
- Turquénev, Iván (2004): *Padres e hijos*. Madrid: Cátedra
- Twenge, Jean M; Sherman, Ryne A.; Wells, Brooke E (2017): "Declines in Sexual Frequency among American Adults, 1989-2014", *Archives of Sexual Behavior*, 46, 2389–2401.
- Wydra, Harald (2015): *Politics and the Sacred*. Cambridge: Cambridge Univ. Press
- Wolfe, Alan (2013): *La maldad política. Qué es y cómo combatirla*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores